

por ENRIQUE  
MIRET  
MAGDALENA

# EL ESCANDALO DE LA IGLESIA

**S**IMONE de Beauvoir —discípula y amiga de Sartre— es uno de los mejores pensadores que tenemos fuera del cristianismo. La finura y rigurosidad de su inteligencia impresionan. Su racionalismo tiene la carga de delicadeza —sin concesiones al sentimentalismo romántico— que una mujer puede aportar.

Y, sin embargo, esta mujer, que es atea, procede de un mundo cristiano. De joven comulgaba frecuentemente, leía todos los días el Kempis y acudía cotidianamente a la capilla, como cuenta en sus Memorias.

No obstante, un día que su padre estaba con ella se sonrió éste escépticamente cuando la joven Simone exclamó al leer un libro de historia: «Es injusto y vergonzoso que se haya impedido votar a los pobres». El ambiente de su mundo era el del medio burgués de hace cuarenta años en Francia, mezcla de piedad materna ignorante y sentimental, y egoísmo acomodado y displicente del padre.

Para colmo de desdichas oye en plena evolución intelectual de la adolescencia a un predicador criticar el respeto a la libre búsqueda de la verdad. Y en su vida surgen dos interrogantes, casi sin darse cuenta: ¿el conocimiento puede matar la religión?; ¿el Evangelio es una evasión de la justicia para este mundo?

Su formación en un libro piadoso para monjes —la Imitación de Cristo—, y su lectura de obras de teología abstractas e irreales —como el manual de Tanquerey— terminan por matar en ella todo sentido cristiano auténtico.

Una falta de testimonio de vida en su medio ambiente, y de cultura religiosa satisfactoria, le llevan por sinceridad consigo misma al ateísmo. Un nuevo camino se le muestra: «Me refugié —confiesa— en mi yo profundo; y decidí que toda mi existencia le debía estar subordinada».

Nadie le había enseñado lo que vivió San Agustín: que Dios «es más interior a mi mismo, que lo más íntimo mío, y más elevado que lo más alto». Y que «Dios es amor, y quien ama el amor, ama a Dios».

La Iglesia —la comunidad de creyentes que conoció— fue un escándalo para ella.

Se le había enseñado a «reemplazar el Evangelio por la religión; es decir, por un sistema de ritos, oraciones, actitudes y comportamientos que son ambiguos, porque podrían ser inspirados por otro espíritu —que el del amor (desprendido— y que no exigen la transformación personal» (Padre Henry, O. P.).

**D**SE es el escándalo que hay que combatir —cuando lo producen fieles o pastores—, como hicieron las tres grandes figuras del Antiguo Testamento: los profetas Ezequiel, Amos e Isaías. El poeta polemista, el campesino demagogo y el intelectual refinado. Los tres pregonaron a los cuatro vientos las más duras críticas a las injusticias, prevaricaciones y fallos del pueblo de Israel, y de sus dirigentes y sacerdotes. Si aprendiésemos de ellos, nos acercáramos a su heroica y comprometida concepción de vida y evitaríamos el escándalo que produce en muchos el cristianismo de algunos de sus calificados representantes.

El pueblo escogido de entonces —como hoy lo es la Iglesia— tenía sus guías: «pastores», les llamó Ezequiel; «los depositarios de la autoridad civil y religiosa; rey, magistrados, sacerdotes, profetas, doctores», según un buen exegeta católico. Estos «pastores» —sobre todo los religiosos—, son a los que recrimina el profeta diciendo: «¡Ay de los pastores de Israel, que se apacientan a sí mismos!... No habéis fortalecido a las ovejas débiles, ni habéis curado a las enfermas; no habéis vendado a las heridas, ni tornado a las descarriadas, ni buscado a las perdidas; sino que las habéis conducido con crueldad y violencia».

No es benigno este *locutor* de su época con el panorama de su tiempo. Lo mismo que siglos después hizo el Concilio de Trento, y ahora lo olvidamos, o lo queremos paliar: «Acuérdense los Obispos, y los demás ordinarios —decía ese Concilio—, que son pastores y no verdugos; y que conviene rijan a sus súbditos de tal forma que no se enseñoreen de ellos, sino que los amen como hijos y hermanos...; y si ocurriese que, por la fragilidad humana, llegasen éstos a delinquir en algo, deben observar aquel precepto del Apóstol de razonar con ellos, de rogarles encarecidamente, de corregirlos con toda bondad y paciencia; pues en muchas ocasiones puede más, para corregir, la benevolencia que la austeridad, la exhortación que las amenazas, y el amor que el poder» (sesión XIII).

Y si en Trento los Padres Conciliares hablaron así sería porque la llaga estaba presente. Si no, ¿para qué comentarlo echando piedras a su propio tejado?

¿Quién ha sido más severo que algunos Papas al enjuiciar los hechos defectuosos de la misma Iglesia en diferentes épocas? Recordemos a dos: Adriano VI, en tiempo de la Reforma protestante; y Pío XI en pleno siglo XX.

«Sabemos que hasta en la Santa Sede, y desde hace muchos años, se han cometido innumerables abominaciones: abusos de cosas santas, transgresiones de mandamientos, de manera que ha habido escándalo... Todos nosotros, prelados y clérigos, nos hemos apartado del camino de la justicia». Así escribía el Papa holandés, tan independiente de la Curia romana y de sus costumbres, al nuncio Chiericati en 1522, describiendo la situación eclesiástica. Y esto lo hizo sin miedo ni tapujos, a pesar de las aguas turbias removidas en la Iglesia por Lutero. Entonces —gracias a Dios— éramos los católicos más claros y sin rebozos que ahora.

«La disolución y la corrupción del elemento humano de aquí abajo se mezcla en el campo divino», afirmaba en nuestro siglo Pío XI. Se introducen así en la Iglesia «los malos ejemplos de arriba, y su fácil imitación en el pueblo» (Homilía, Pentecostés, 1922). «La misión divina de la Iglesia es ejercida por hombres, y puede quedar dolorosamente enturbiada por lo humano —demasiado humano— que abunda a veces, y vuelve a salir constantemente, como las malas hierbas» (Pío XI, 1937).

Así hablaron los Pontífices romanos.

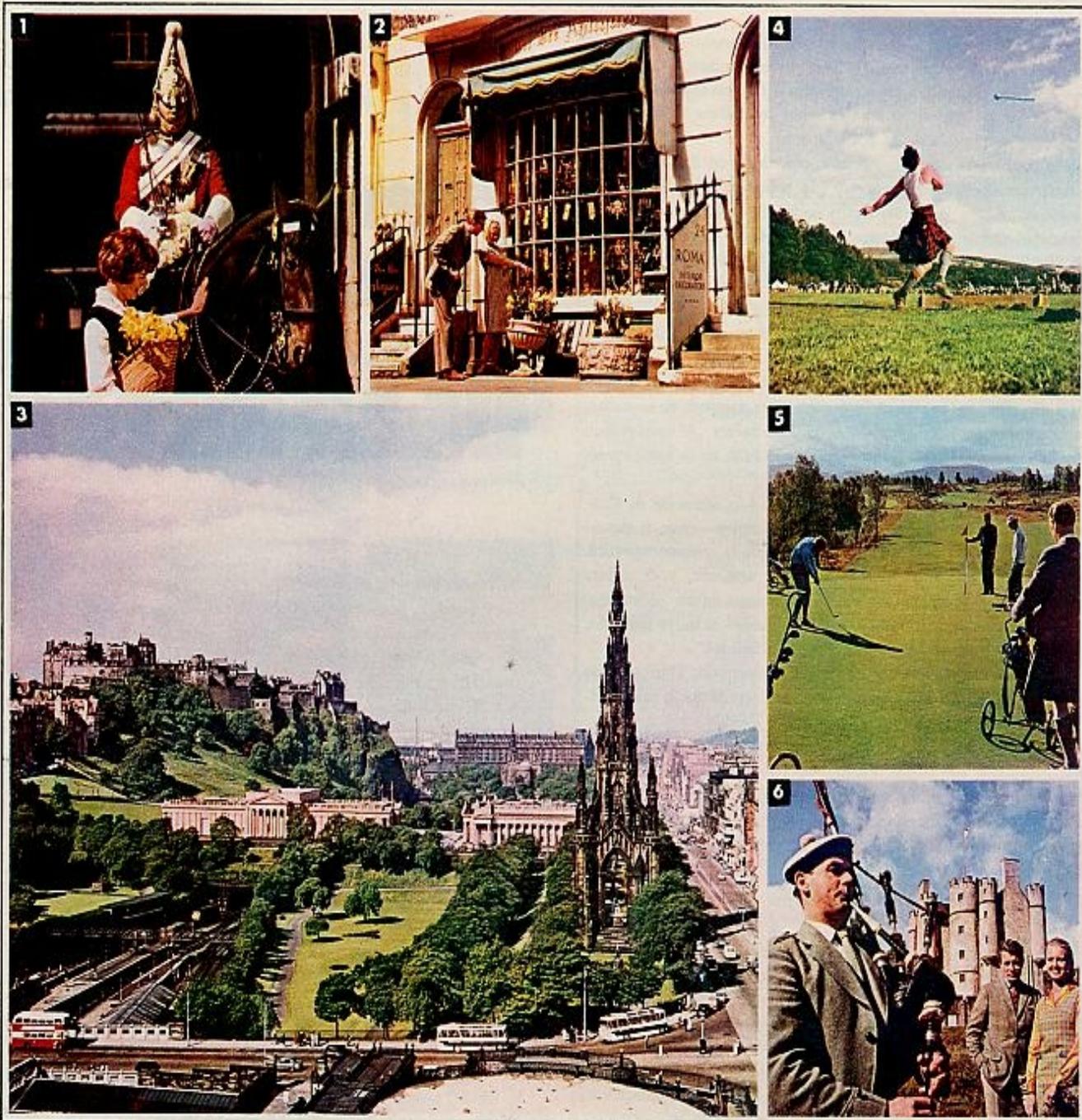
Nosotros no podemos, por tanto, ser triunfalistas, como ellos tampoco lo fueron, porque sabemos que la Iglesia tiene necesidad de ser siempre reformada. Aunque de derecho sea santa; de hecho, los que la componemos —dirigentes y fieles— la manchamos constantemente. Y el Concilio nos recuerda la dolorosa tarea renovadora que tenemos que emprender.

**H**ACE unos años, el P. Laburu, S. J., describía en una de sus célebres y sinceras conferencias y en vista panorámica, los defectos visibles en la historia de la Iglesia, esos mismos defectos de que hablaban Adriano VI y Pío XI.

Un Papa existió —por ejemplo— como Bonifacio VI, que sólo ocupó 15 días la sede de Pedro, y su historia estuvo llena de indignidades, que llevaron a deponerle por dos veces del subdiaconado y del sacerdocio. Juan XII y Benedicto IX, de vidas privadas escandalosas. El primero, gobernando por arte de los manejos de una mujer aristócrata, Marozzia, y a los dieciséis años, «licencioso, disoluto y traficante con los bienes espirituales» de tal modo que se puede decir que «la simonía y la lujuria» eran dos azotes que asolaban entonces a la Iglesia (Canónigo Vieujean). El segundo, «instalado de niño en el trono, pronto dio el espectáculo de una vida disoluta» (idem). Al siglo X se le llamó por eso «el siglo de hierro».

También existió aquel Alejandro VI del Renacimiento de «vida desarrreglada»; y elegido Sumo Pontífice «por demasiados manejos simoniacos», según dice L. von Pastor, el historiador católico del Papado.

Y a pesar de estos defectos, la Iglesia sigue marchando con vitalidad permanente; ¿gracias a qué? A que las críticas que la historia nos enseña a hacer, la sirven para que se renueve constantemente en sus fallos. Únicamente así el factor vital del amor, y de su sostén que es la fe, SIGUE



## Vuele a Gran Bretaña—un nuevo mundo a su alcance

Este año dedique sus vacaciones a descubrir el encanto de este mundo nuevo que es Gran Bretaña. Vuele en avión de BEA y su vacación comenzará al subir a bordo. Para empezar, Londres ... visite el Whitehall con sus vistosos Life Guards (1). Pasee por sus calles, visite alguna de sus típicas tabernas y al llegar a Beauchamp Place (2) entre a curiosear en sus famosas tiendas de anticuarios. Vuele 640 Km. al norte, a Edimburgo, (3) la elegante capital de Escocia, una ciudad inolvidable. No pierda la oportunidad de comprar tweeds, la típica falda escocesa o

kilt ... Más hacia el norte en las Tierras Altas presencie los Highland Games (4) famosos y típicos torneos de atletismo. Si Vd. es aficionado al golf, juegue en Boath of Garten (5) una de las cunas de este deporte tan escocés. En su visita al Castillo de Braemar, (6) deléitese con los suaves sonos de las gaitas. Por dondequiera que Vd. vaya en Gran Bretaña, encontrará gente hospitalaria. El transporte es fácil y rápido, además, BEA le ofrece sus viajes concertados a Gran Bretaña. Consulte con su Agente de Viajes autorizado o en British European Airways.

## GRAN BRETAÑA

**BEA**

Disfrute de la variedad de Gran Bretaña, aún antes de llegar allí. Pida, hoy mismo, que le envíen una copia del folleto "GRAN BRETAÑA", que con mucho gusto le remitiremos. Sólo tiene que enviar este cupón a:—  
BRITISH TRAVEL, Torre de Madrid, 11-2, Plaza de España, Madrid-13



Por favor escriba en letras mayúsculas

SP BN

Nombre .....

Dirección .....

## EL ESCANDALO DE LA IGLESIA

brillará consiguiendo testimonios como el de aquellos primeros 34 Papas de la historia que fueron Santos.

«La Iglesia... santa, al mismo tiempo que necesitada de purificación constante» (Const. Lumen Gentium), tiene en su constitución esta dualidad aparentemente paradójica que hemos dicho antes: ser de derecho santa, y de hecho pecadora. Por eso «busca continuamente el arrepentimiento y la renovación» (idem).

Esa es la razón por la que tenemos que acostumbrarnos a venerarla «no en medio de sus glorias, sino en medio de sus ignominias», como decía hace cien años el escritor católico Veillot. Veneración que no supone ceguera ni aceptación dócil de sus imperfecciones, sino por el contrario: crítica luminosa, y postura independiente de halagos y prudencias engañosas. Aunque desgraciadamente resulte difícil disociar sus glorias de sus fallos. Pero no hemos de ceder en nuestra batalla constante por llegar, lo más cerca que podamos, al ideal de purificación. Eso es lo que pretendemos muchos dentro de la Iglesia, y en eso consiste nuestro ideal católico convencido.

**L**A Inquisición quizá sea la expresión cumbre de esta falsa concepción de una *Iglesia-madrastra*, más que de una *Iglesia-servicio de amor*. Y no se diga que este juicio es anacrónico, porque con ello justificaríamos siempre todos los excesos y prevaricaciones cometidos en cualquier época histórica. Con achacarlos a la mentalidad de su tiempo, desapareciendo el problema; pero en realidad sólo comprobaríamos un hecho sociológico. Y comprender una situación histórico-social no debe degenerar en una benigna aceptación de su poco valor moral.

No digamos tampoco ingenuamente, para descargar las culpas sobre otros hombros —como dijeron los católicos De Maistre y Hergenröther, o el historiador protestante von Ranke— que la Inquisición fue cosa del Estado, y no de la Iglesia. La verdad es que fue lo que dice el católico L. von Pastor: «Una amalgama ciertamente, pero sobre todo una institución eclesiástica». La historia hay que relatarla tal y como fue; y no como a nosotros nos conviene que hubiera sido. Sólo así podrá ser maestra de almas.

Tendríamos que estar de acuerdo con todo hombre —creyente o incrédulo— para combatir todo exceso inhumano y todo procedimiento inhumano. Debíamos hacer un esfuerzo por exorcizar esas épocas en las que «lo horrible se había hecho familiar», como dice el profesor Huizinga. No podemos menos de combatir, por eso, que entonces, o en el mundo de ahora, se hiciera lo que cuenta el premio Nobel Bertrand Russell del fin de la Edad Media: «Algunos de los magistrados de Brujas, acusados de traición, fueron torturados repetidamente en 1488 en la plaza del mercado, con gran delección del pueblo; y al pedir ellos que los matasen, se les denegó, para que el pueblo pudiera gozar de nuevo con sus tormentos». ¿Se justifica eso por la época? ¿No fue otra la actitud de los cristianos en los primeros siglos, a pesar de no existir entonces una civilización cristiana, como se dice la hubo en la Edad Media?

**S**I fray Bartolomé de las Casas sirvió de motivo para crear la *Leyenda Negra*, según se suele decir, no por eso hemos de dejar nosotros de luchar contra la injusticia, aun a riesgo de ser mal interpretados. La lucha por la justicia no depende de las consecuencias, buenas o malas a corto plazo, para nuestra comodidad mental, sino de un imperativo de amor a los hombres que fueron oprimidos, de modo que nadie vuelva a padecerlo en ningún lugar ni circunstancia histórica presente o futura.

Dos especialistas, el P. Venancio Carro, O. P., y el profesor Jiménez Fernández, han hecho la mejor apología histórica de esta noble figura de creyente insobornable, que fue en el siglo XVI este fraile y obispo de Talca. De ese tipo de católicos que hoy quisiéramos que volviera a renacer, en medio de nuestros conformismos, debilidades y paliativos religiosos.

Hoy se ha olvidado ya llamar al cristianismo como lo hacía un «imprudente» sacerdote alemán, en pleno nazismo anti-cristiano: «Esa gran osadía».

Pero tenemos que hacer algo para que vuelva a serlo; y no ocurra a nadie lo que a Simone de Beauvoir, y a tantos y tantos como ella, que le quisieran hacer «creer en César antes que en Dios», como ella confiesa; o en los arreglos del moralismo poco honrado, antes que en la moral sin ambigüedad. Así terminará el escándalo de la Iglesia; así será ésta un signo más eficaz de Cristo; así será bien visible, y no semi-oculta por lo que hacemos quienes nos llamamos cristianos.

E. M. M.



para la mujer moderna y elegante,

LOCION

*Stingari*

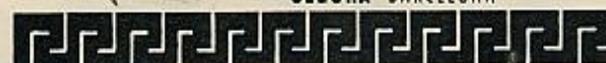
de perfume fresco y agradable, complemento indispensable de la feminidad.

LOCION

*Stingari*

Invisible Seducción Femenina.

SEGURA - BARCELONA



**CESAR**  
IMPERATOR



COLONIA - MASAJE - JABON  
3 Productos que dejan huella!

